

lo desearía. De las cuatro narraciones contenidas en *La herida del tiempo*, ya hemos anotado las limitaciones que hallamos en las dos primeras. La tercera, *Hacia el fin del día*, peca también, aunque en modo diferente, de esquematismo. La contraposición se da aquí entre dos hermanos, siempre igual en las diversas edades de la vida, como un estribillo insistente y melancólico. Sin embargo, en esta obra de tono menor es tan deliberada la reiteración y se halla tan enriquecida por ligeros detalles que casi desaparece lo artificial del esquema. También hay aquí numerosos ejemplos de esa evocación sencilla y eficaz del ambiente. "Son los sonidos de la siesta. Es la hora en que se puede escuchar la propia sangre".

Pero, felizmente, el libro trae también un cuarto relato, *Diálogo con un hombre risueño*. Ante él toda objeción queda reducida a detalle insignificante. Repetir su argumento tiene menos sentido que recomendar entusiastamente su conocimiento directo. Todo el cuento es una hábil dosificación de elementos que avivan el interés y de aquellos que aparentemente desaniman la lectura, un juego sutil de mediocridades dirigidas por una inteligencia que goza, hiere y compadece. Desde una antesala un tanto desconcertante, en que el lector está a punto de atribuir al autor las limitaciones de sus personajes, Carlos Morand va construyendo, lenta y risueñamente, una humana derrota que recuerda algunas de las buenas páginas de la literatura rusa.

Con sinceridad y sin vacilación alguna, nos quedamos por sobre todos los demás con este último cuento en que hasta el epígrafe ha roto con la solemnidad que, quíerese o no, imponen a las demás narraciones los nombres de Romain Rolland, Eliot y Ungaretti.

No podemos pretender que el autor se encierre en un solo tipo de creación literaria. Por el contrario, en su caso es de desear que experimente y busque. Pero sólo nos atrevemos a sugerirle que no abandone la veta de su *Diálogo con un hombre risueño* y que reserve más bien un lugar reducido a trabajos como los dos primeros. Tal vez uno muy elaborado en la tonalidad de éstos, que responda a síntesis lentamente decantadas, podría alcanzar un valor duradero. Pero el campo que ofrece a Carlos Morand el último de sus cuentos nos parece mucho más rico y adecuado a sus grandes condiciones de escritor.

JAIME MARTÍNEZ WILLIAMS.

<https://doi.org/10.29393/At400-53SVM10053>

Los juegos del sol, de CECILIA CASANOVA.

Lírica Hispana. Venezuela, 1968

Todas las palabras tienen densidad poética. Es más, algunas de ellas, utilizadas por un buen poeta, llegan a ennoblecerse, mostrando su posibilidad expresiva, incluso más allá de su fuerza etimológica.

La poesía de Cecilia Casanova es un delicado ejemplo de este fenómeno. No busca términos consagrados por el uso lírico. Tampoco se detiene a construir metáforas, porque no le hacen falta para expresar con nitidez sus emociones y sus pensamientos.

Su técnica, de natural alumbramiento en apariencia, tiene mucho de trabajo, de lima, de recorte consciente. Por eso, sus poemas, sin estar domados por la rima, son musicales, de ritmos abiertos, variables en una misma estrofa.

Esta poesía, de curso normal, tiene la gracia de un límpido riachuelo. También atesora hervores, expresados sin congoja, como si la vida fuese aflorando por las ventanas del alma. Véase una manera elegante de cifrar sus emociones sencillas:

*"Se soltó como un globo
de las manos de un niño
y subió a juntarse
con las palomas.
Eso fue todo.
Por eso pido
un minuto de silencio
para oír a los pájaros
y su risa que se apaga la última".*

La poetisa nos propone juegos sensibles. Dice, por ejemplo: "Hay que dar cuerda a la jaula para que cante el canario".

Nos recuerda que el panadero, "con la excusa del pan, deja sol recién nacido".

Para recobrar su infancia, con énfasis contenido, dice: "Voy a jugar con las trenzas / al borde de mi vestido".

Muy cerca de su pupila está el sol laborioso, presto a danzar entre las cosas, hasta que llega a tumbarse. Esa luz tiene su metamorfosis. Será una figura geométrica, tendrá la humanidad de un ojo. "Si mi hijo menor estuviera / pretendería cazarlo / con su sombrero de paja".

La realidad, sin perder su enérgico mandato, se refleja y refracta, expande su íntima esencia. Y en ese caudal de intimidades radica el valor de esta poesía, concebida lentamente, plasmada como un juego.

Experimentar una tristeza no supone refugiarse en la desesperación. Los sentimientos y las emociones tienen sus grados, su nivel.

Cecilia Casanova levanta su espíritu y su cuerpo sobre las vallas corrientes. Y su meditación es como una añoranza de plenitud.

Frente a la vida y a su posible negación, su actitud es concreta, bello alarde de un sentirse ligado a las savias terrícolas:

*"Algo me afirma aquí dentro.
Mi amor por la vida, los seres, las cosas,
se hace cada día tan mayor".*

Un poeta de tales concepciones no puede ser víctima de falaces deslumbramientos. Hasta los brotes de su lirismo habrán de ostentar una fuerte gallardía.

El poema *Extremos* fusiona toda una gama de sentimientos. La realidad, sin ostensible ropaje verbal, trasciende sus notas concretas: "La mesa es redonda / y nos sentamos tú y yo / en un extremo".

Un ligero toque, y nace el contraste: "A mi lado es primavera". "¿En qué mes hay sol en tu orilla?"

La viñeta se centra en un objeto vulgar: "La panera al centro / abierta en una sonrisa, / junta nuestras manos / que no se tocan ni ven".

Así es la poesía de Cecilia Casanova. Notas ligeras, momentos detenidos, canto que brota como una acendrada melodía.

V. M.

El Publicano, de NINO PALUMBO. Editorial Pomaire.

Santiago, 1963.

Grazia Deledda fue laureada con el Premio Nóbel. En Italia, para conmemorar el acontecimiento, se ha establecido un concurso anual de literatura. Nino Palumbo, notable periodista, obtuvo el Premio Deledda. Su obra se titula *El Publicano*.

Todo es medular en este libro. El tema es una de las motivaciones de la vida diaria. El mundo italiano de los inspectores de impuestos surge en sus innumerables facetas. La ley, rígida y matemática, tiene sus zonas de equilibrio en posibilidades de farsa y engaño.

Tales contrastes, que rezuman humanidad, han sido utilizados por el novelista para construir una obra cuya tónica frecuente es la del suspenso.

Nino Palumbo no se detiene en los preciosismos de estilo. Es más, muchas de sus páginas son una especie de crónica periodística, rápida, nerviosa que brota de la esencia breve, densa, al mismo tiempo.

Acaso el tema no se distingue por su novedad. Pero la técnica novelesca es de suma perfección.

Pocos elementos subalternos distraen la atención del lector. Quizás porque el autor, habiendo fijado la dirección de sus dardos, sólo quiere limpiar de malezas el seguro camino de sus disparos.

Notas de ternura confieren al relato un dejo de pesadumbre. Todo es adversidad en la vida de un ciudadano honrado, de un hombre que conserva intactas las fuerzas de su pureza de alma y de intenciones.

La terrible "circunstancia, teje, sin piedad, una espesa red, de la que se borra la intención de huida.

Sin duda, el autor de *El Publicano* es un discípulo directo de Cesare Pavese.

Recordemos que una de las obras máximas de este escritor se titula *El oficio de vivir*, testimonio de una experiencia humana, "legado de un pensamiento crítico de excepcional profundidad". Uno de sus pensamientos, que parece informar las escenas que glosa Nino Palumbo, dice "La sola y exclusiva razón de la moralidad individual es que un día uno se morirá y no se sabe de después".